

TRÓPICO DE CÁNCER

HENRY MILLER

TRÓPICO
DE CÁNCER

Traducción revisada de Carlos Manzano



Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Tropic of Cancer*

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: enero de 2012

© 1966 by Greenleaf Classics

© de la traducción revisada: Carlos Manzano Frutos, 2003

© Edhasa, 2003, 2009

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-

Depósito legal: B-00000-2021

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España

Estas novelas darán paso, con el tiempo, a diarios o autobiografías: libros cautivadores, siempre y cuando sus autores sepan escoger de entre lo que llaman sus experiencias y reproducir la verdad fielmente.

RALPH WALDO EMERSON

Vivo en la Villa Borghese. No hay ni pizca de suciedad en ninguna parte ni una silla fuera de su lugar. Aquí estamos todos solos y muertos.

Anoche Boris descubrió que tenía piojos. Tuve que afeitarme los sobacos y ni siquiera así se le pasó el picor. ¿Cómo puede uno coger piojos en un lugar tan bello como éste? Pero no importa. Puede que no hubiéramos llegado nunca a conocernos tan íntimamente, Boris y yo, si no hubiese sido por los piojos.

Boris acaba de ofrecerme un resumen de sus opiniones. Es un profeta del tiempo. Dice que va a continuar el mal tiempo. Va a haber más calamidades, más muerte, más desesperación. Ni el menor indicio de cambio por ningún lado. El cáncer del tiempo nos está devorando. Nuestros héroes se han matado o están matándose. Así, que el héroe no es el tiempo, sino la intemporalidad. Debemos marcar el paso, en filas cerradas, hacia la prisión de la muerte. No hay escapatoria. El tiempo no va a cambiar.

Ahora es el otoño de mi segundo año en París. Me enviaron aquí por una razón que aún no he podido descubrir.

No tengo dinero ni recursos ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo. Hace un año, hace seis meses, pensaba que era un artista. Ya no lo pienso, *lo soy*. Todo lo que era literatura se ha desprendido de mí. Ya no hay más libros por escribir, gracias a Dios. Entonces, ¿esto? Esto no es un libro. Es un libelo, una calumnia, una difamación. No es un libro, en el sentido ordinario de la palabra. No, es un insulto prolongado, un escupitajo a la cara del arte, una patada en el culo a Dios, al hombre, al destino, al tiempo, al amor, a la belleza... a lo que os parezca. Voy a cantar para vosotros, desentonando un poco tal vez, pero voy a cantar. Cantaré mientras la diñáis, bailaré sobre vuestro inmundo cadáver...

Para cantar, primero hay que abrir la boca. Hay que tener dos pulmones y saber un poco de música. No es necesario tener acordeón ni guitarra. Lo esencial es *querer* cantar. Así, pues, esto es una canción. Estoy cantando.

Para ti, Tania, canto. Quisiera cantar mejor, más melodioso, pero entonces quizá no hubieses accedido nunca a escucharme. Has oído cantar a los otros y te han dejado fría. Su canto era demasiado bello o no lo suficiente.

Estamos a veintitantos de octubre. Ya no llevo la cuenta de los días. ¿Diríais acaso: mi sueño del pasado 14 de noviembre? Hay intervalos, pero intercala-

dos entre sueños, y no queda conciencia de ellos. El mundo que me rodea está desintegrándose y deja aquí y allá motas de tiempo. El mundo es un cáncer que se devora a sí mismo... Estoy pensando en que, cuando el gran silencio descienda sobre todo y por doquier, la música triunfará por fin. Cuando todo vuelva a retirarse a la matriz del tiempo, reinará el caos de nuevo y el caos es la partitura en que se escribe la realidad. Tú, Tania, eres mi caos. Por eso canto. Ni siquiera soy yo, es el mundo agonizante que muda la piel del tiempo. Todavía estoy vivo, dando patadas dentro de tu matriz, realidad sobre la que escribir.

Duermevela. La fisiología del amor. La ballena con su pene de dos metros en reposo. El murciélago: *penis libre*. Animales con un hueso en el pene. De ahí viene lo de *tener un hueso*... * «Por fortuna», dice Gourmont, «la estructura ósea se ha perdido en el hombre». ¿Por fortuna? Sí, por fortuna. Imaginaos a la raza humana caminando por ahí con un hueso en semejante parte. El canguro tiene un pene doble: uno para los días laborables y otro para las fiestas. Duermevela. Carta de una mujer que me pregunta si he encontrado un título para mi libro. ¿Un título? Claro que sí: *Adorables lesbianas*.

¡Tu vida anecdótica! Frase de M. Borowski. Los miércoles voy a comer con Borowski. Su mujer, que

* Una de las formas de decir en inglés «tener una erección».

es una vaca seca, oficia. Ahora está estudiando inglés: su palabra favorita es «asqueroso». Ya veis qué coñazo son los Borowski. Pero esperad...

Borowski lleva trajes de pana y toca el acordeón. Combinación insuperable, sobre todo si tenemos en cuenta que no es mal artista. Finge ser polaco, pero no lo es, desde luego. Es judío, Borowski, y su padre era filatélico. De hecho, casi todo Montparnasse es judío, o medio judío, lo que es peor. Carl y Paula, Cronstadt y Boris, Tania y Sylvester, Moldorf y Lucille. Todos, excepto Fillmore. Henry Jordan Oswald ha resultado ser también judío. Louis Nicholas es judío. Hasta Van Norden y Chérie son judíos. Frances Blake es judío, o judía. Titus es judío. Así, que los judíos son como una avalancha para mí. Escribo esto para mi amigo Carl, cuyo padre es judío. Es importante entender todo esto.

De todos esos judíos, la más encantadora es Tania y por ella también yo me volvería judío. ¿Por qué no?

Ya hablo como un judío. Y soy feo como un judío. Además, ¿quién odia a los judíos más que un judío? La hora del crepúsculo. Azul añil, agua cristalina, árboles brillantes y delicuescentes. Los raíles se pierden en el canal por Jaurès. La larga oruga de costados laqueados baja como una montaña rusa. No es París. No es Coney Island. Es una mezcla crepuscular de todas las ciudades de Europa y América Central. Las explanadas del ferrocarril ahí abajo, los raíles negros, enmarañados, no ordenados por el ingeniero, sino de

trazado cataclísmico, como esas finas fisuras del hielo polar que la cámara registra en diferentes tonos de negro.

La comida es una de las cosas que disfruto con locura. Y en esta hermosa Villa Borghese apenas hay rastros de ella nunca. A veces ya es que es espantoso. He pedido mil veces a Boris que encargue pan para el desayuno, pero siempre se le olvida. Al parecer, sale a desayunar fuera. Vuelve limpiándose los dientes con un palillo y le cuelga un poco de huevo de la perilla. Come en el restaurante por consideración para conmigo. Dice que le resulta penoso darse una comilona conmigo ahí, mirando.

Van Norden me gusta, pero no comparto la opinión que tiene de sí mismo. No estoy de acuerdo, por ejemplo, en que sea filósofo ni pensador. Es un putero y nada más. Y nunca será escritor. Tampoco lo será nunca Sylvester, aunque su nombre resplandezca en luces rojas de cincuenta mil bujías. Los únicos escritores a mi alrededor por los que siento algún respeto, ahora, son Carl y Boris. Están poseídos. Arden por dentro con llama blanca. Están locos y no tienen buen oído. Son víctimas.

En cambio, Moldorf, que también sufre a su manera, no está loco. Moldorf se embriaga con las palabras. No tiene venas ni arterias ni corazón ni riñones. Es un baúl portátil lleno de innumerables cajones

con rótulos escritos en tinta blanca, tinta marrón, tinta roja, tinta azul, bermellón, azafrán, malva, siena, albaricoque, turquesa, ónix, Anjou, arenque, Corona, verdín, gorgonzola...

He trasladado la máquina de escribir a la habitación contigua, donde puedo verme en el espejo mientras escribo.

Tania es como Irène. Espera cartas voluminosas. Pero hay otra Tania, una Tania semejante a una enorme semilla, que disemina polen por doquier... o, digámoslo un poquito al modo de Tolstoi, una escena de establo en la que entierran al feto. Tania es una fiebre también: *les voies urinaires*, Café de la Liberté, Place des Vosges, corbatas brillantes en el Boulevard Montparnasse, cuartos de baño oscuros, oporto seco, cigarrillos Abdullah, el adagio de la sonata *Pathétique*, amplificadores auditivos, sesiones anecdóticas, pechos de siena rojiza, ligas gruesas, qué hora es, faisanes dorados rellenos de castañas, dedos de tafetán, crepúsculos vaporosos que se vuelven acebo, acromegalia, cáncer y delirio, velos cálidos, fichas de póquer, alfombras de sangre y muslos suaves. Tania dice para que todo el mundo pueda oírla: «¡Lo amo!». Y, mientras Boris se calienta con whisky, ella dice: «¡Siéntate aquí! Oh, Boris... *Rusia*... ¿Qué voy a hacer? ¡Estoy a punto de reventar!».

Por la noche, cuando contemplo la perilla de Boris reposando sobre la almohada, me pongo histérico. ¡Oh, Tania! ¿Dónde estarán ahora tu cálido coño, tus

gruesas y pesadas ligas, tus muslos suaves y turgentes? Tengo una picha empalmada de quince centímetros. Voy a alisarte todos los pliegues del coño, Tania, colmado de semen. Te voy a enviar a casa junto a tu Sylvester con dolor en el vientre y la matriz del revés. ¡Tu Sylvester! Sí, él sabe encender un fuego, pero yo sé inflamar un coño. Te disparo dardos encendidos dentro, Tania, te pongo los ovarios incandescentes. ¿Está un poco celoso tu Sylvester ahora? Siente algo, ¿verdad? Siente los rastros de mi enorme picha. He ensanchado un poco las orillas, he planchado los pliegues. Después de mí, puedes recibir garañones, toros, carneros, ánales, san bernardos. Puedes embutirte el recto con sapos, murciélagos, lagartos. Puedes cagar arpegios, si te apetece, o templar una cítara en tu ombligo. Te estoy jodiendo, Tania, para que permanezcas jodida. Y, si tienes miedo a que te jodan en público, te joderé en privado. Te arrancaré unos pelos del coño y se los pegaré en la barbilla a Boris. Te morderé el clítoris y escupiré dos monedas de un franco...

Cielo azul y despejado de nubes lanudas, árboles macilentos hasta el infinito, con sus oscuras ramas gesticulando como un sonámbulo. Árboles sombríos, espectrales, de troncos pálidos como la ceniza de un habano. Silencio sepulcral, tan europeo. Postigos echados, tiendas cerradas. Aquí y allá una luz roja para

señalar una cita. Fachadas adustas, casi repulsivas: immaculadas, excepto en los manchones de sombra proyectados por los árboles. Al pasar por la Orangerie, recuerdo otro París, el París de Maugham, de Gauguin, el París de George Moore. Pienso en aquel terrible español que sobrecogía al mundo entonces con sus acrobáticos saltos de estilo en estilo. Pienso en Spengler y sus terribles pronunciamientos y me pregunto si no se habrá perdido el estilo, el estilo grandioso. Digo que esos pensamientos ocupan mi mente, pero no es cierto; hasta después, hasta haber cruzado el Sena, hasta haber dejado atrás el carnaval de luces, no dejo a mi mente jugar con esas ideas. Por el momento no puedo pensar en nada... excepto en que soy un ser sensible apuñalado por el milagro de esas aguas que reflejan un mundo olvidado. A lo largo de las orillas, los árboles se inclinan hasta casi tocar el espejo empañado; cuando se levante el viento y los colme de un murmullo rumoroso, derramarán unas lágrimas y se estremecerán al paso del agua en torbellinos. Me corta el aliento. Nadie a quien comunicar ni siquiera parte de mis pensamientos...

Lo malo de Irène es que en lugar de coño tiene una maleta. Quiere cartas voluminosas para embutirlas en su maleta. Inmensas, *avec des choses inouïes*. En cambio, Llona sí que tenía coño. Lo sé porque nos envió unos cuantos pelos de ahí abajo. Llona: un asno salvaje que olfateaba el placer en el aire. Hacía la carrera en todas las colinas... y a veces en

las cabinas telefónicas y en los retretes. Compró una cama para su rey Carol y un cubilete de afeitarse con sus iniciales. Se tumbó en Tottenham Court Road con las faldas levantadas y se acarició con el dedo. Usaba velas, candelas romanas y pomos de puerta. En todo el país no había una picha bastante grande para ella... *ni una*. Los hombres la penetraban y encogían. Necesitaba pichas extensibles, cohetes de los que explotan automáticamente, aceite hirviendo compuesto de cera y creosota. Si se lo hubieras permitido, te habría cortado la picha y se la habría guardado dentro para siempre. ¡Una ja única de entre un millón, Llona! Una ja de laboratorio y no había papel de tornasol que pudiese tomar su color. Además, era una mentirosa, aquella Llona. Nunca compró una cama a su rey Carol. Lo coronó con una botella de whisky y tenía la lengua cargada de piojos y mañanas. Pobre Carol, lo único que podía hacer era acurrucarse dentro de ella y morir. Respiraba ella y él caía afuera... como una almeja muerta.

Cartas enormes, voluminosas, *avec des choses inouïes*. Una maleta sin correas. Un agujero sin llave. Tenía boca alemana, orejas francesas, culo ruso. Una gachí internacional. Cuando ondeaba la bandera, era roja hasta la garganta. Entrabas por el Boulevard Jules Ferry y salías por la Porte de la Villette. Echabas el bofe en las carretas: carretas rojas de dos ruedas, por supuesto. En la confluencia del Ourcq y el Marne,

donde el agua mana de los diques y se extiende como cristal bajo los puentes. Llona yace allí ahora y el canal está lleno de vidrio y astillas, las mimosas lloran y la húmeda bruma de un pedo empaña los cristales de las ventanas. ¡Una ja única de entre un millón, Llona! Toda coño y un culo de cristal en que se puede leer la historia de la Edad Media.

Lo primero que presenta Moldorf es la caricatura de un hombre. Ojos de tiroides. Labios de Michelin. Voz como puré de guisantes. Bajo el chaleco lleva una perita. Lo mires como lo mires, siempre el mismo panorama: caja de rapé netsuke, puño de marfil, ficha de ajedrez, abanico, motivo de templo. Lleva tanto tiempo fermentando, que ahora es amorfo. Levadura desprovista de sus vitaminas. Jarrón sin planta de caucho.

Las mujeres fueron fecundadas dos veces en el siglo IX y de nuevo en el Renacimiento. Lo llevaron durante las grandes dispersiones bajo vientres amarillos y blancos. Mucho antes del Éxodo, un tártaro escupió en su sangre.

Su dilema es el del enano. Con su ojo pineal, ve su silueta proyectada en una pantalla de tamaño inconmensurable. Su voz, sincronizada con la sombra de una cabeza de alfiler, lo embriaga. Oye un rugido, cuando los demás sólo oyen un chirrido.

Hablemos de su mente. Es un anfiteatro en que el actor ofrece una representación proteica. Moldorf,

multiforme e infalible, representa sus papeles: payaso, juglar, contorsionista, sacerdote, libertino, saltimbanqui. El anfiteatro es demasiado pequeño. Él le mete dinamita. El público está drogado. Él lo hiere.

Estoy intentando en vano abordar a Moldorf. Es como intentar abordar a Dios, pues Moldorf *es* Dios: nunca ha sido otra cosa. Lo único que hago es consignar palabras...

He tenido opiniones de él que he desechado; he tenido otras opiniones que estoy revisando. Lo he acosado para acabar descubriendo que lo que tenía en las manos no era un escarabajo pelotero, sino una libélula. Me ha ofendido con su grosería y después me ha colmado de delicadezas. Ha sido locuaz hasta la asfixia y después silencioso como el Jordán.

Cuando lo veo venir brincando a saludarme, con las zarpitas tendidas y los ojos sudorosos, siento que voy a encontrar a... ¡No, no es éste el modo de expresarlo!

Comme un oeuf dansant sur un jet d'eau

Sólo tiene un bastón: un bastón mediocre. En los bolsillos, papelitos con recetas para el *Weltschmerz*. Ahora ya está curado y a la muchachita alemana que le lavaba los pies se le está partiendo el corazón. Es como el señor Nonentity, que lleva su diccionario gujarati a todas partes. *Inevitable para todo el mundo*, con lo que quiere decir, sin duda, *indispensable*. Borowski tie-

ne un bastón diferente para cada día de la semana y otro para Pascua.

Tenemos tantos puntos en común, que es como mirarme en un espejo agrietado.

He estado examinando mis manuscritos, páginas garabateadas con correcciones. Páginas de *literatura*. Me asusta un poco. ¡Se parece tanto a Moldorf! Sólo que yo no soy judío y quienes no son judíos tienen una forma distinta de sufrir. Sufren sin neurosis y, como dice Sylvester, un hombre que nunca ha padecido una neurosis no sabe lo que es sufrir.

Recuerdo muy bien cómo disfrutaba con mi sufrimiento. Era como llevarte un cachorro a la cama. De vez en cuando te arañaba... y entonces sentías auténtico espanto. Por lo general, no sentías miedo: siempre podías soltarlo o cortarle la cabeza.

Hay personas que no pueden resistir el deseo de meterse en una jaula con fieras y dejarse despedazar. Hasta sin revólver ni látigo se meten. El temor las vuelve temerarias... Para el judío, el mundo es una jaula llena de fieras. La puerta está cerrada y él está dentro sin látigo ni revólver. Su valor es tan grande, que ni siquiera huele los excrementos en el rincón. Los espectadores aplauden, pero él no oye. Cree que el drama está ocurriendo dentro de la jaula, que la jaula es el mundo. Al encontrarse ahí, solo e indefenso, y con la puerta cerrada, descubre que los leones no entienden su lengua. Ningún león ha oído hablar nunca de Spinoza. ¿Spinoza? Pero si ni siquie-

ra pueden hincarle el diente. «¡Queremos carne!», rugen, mientras él permanece petrificado ahí, con sus ideas congeladas, su *Weltanschauung* mero trapezio inalcanzable. Un solo zarpazo del león y su cosmogonía queda destrozada.

También los leones se sienten defraudados. Esperaban sangre, huesos, cartílagos, tendones. Mastican y mastican, pero las palabras son chicle y el chicle es indigesto. El chicle es una base sobre la que se espolvorea azúcar, pepsina, tomillo, regaliz. El chicle, cuando lo recogen los *chicleros*, está bien. Los *chicleros* llegaron por la costa de un continente hundido. Trajeron consigo un lenguaje algebraico. En el desierto de Arizona se encontraron con los mongoles del norte, lustrosos como berenjenas. Poco después de que la tierra hubiera adquirido su inclinación giroscópica: cuando la corriente del Golfo estaba separándose de la corriente japonesa. En el fondo de la tierra encontraron piedra de toba. Bordaron las propias entrañas de la tierra con su lenguaje. Se comieron las entrañas unos a otros y la selva se cerró sobre ellos, sobre sus huesos y cráneos, sobre su encaje de toba. Su lengua se perdió. Aún se encuentran aquí y allá los restos de una casa de fieras, una placa craneana cubierta de figuras.

¿Qué tiene que ver todo esto contigo, Moldorf? La palabra que tienes en la lengua es anarquía. Pronún-

ciala, Moldorf; lo estoy esperando. Nadie conoce los ríos que manan por nuestro sudor, cuando nos damos la mano. Mientras tú estás pronunciando tus palabras, con labios entreabiertos y saliva gorgoteándote en las mejillas, yo he atravesado media Asia de un salto. Si cogiera tu bastón, aun mediocre como es, y te abriese un agujerito en el costado, podría recoger material suficiente para llenar el Museo Británico. Nos detenemos cinco minutos y devoramos siglos. Tú eres el tamiz por el que se filtra mi anarquía y se transforma en palabras. Tras la palabra está el caos. Cada palabra es una raya, un barrote, pero no hay ni habrá nunca suficientes barrotes para hacer la reja.

En mi ausencia han colgado visillos. Parecen manteles tiroleseos remojados en desinfectante. La habitación centellea. Me siento en la cama aturdido, pensando en el hombre antes de su nacimiento. De pronto, empiezan a doblar campanas, una música extraña, sobrenatural, como si me hubieran transportado a las estepas del Asia central. Unas resueñan con redoble largo, persistente, otras irrumpen con acentos embriagados y llorosos. Y ahora ha vuelto el silencio, excepto una última nota que apenas roza el silencio de la noche: un simple tantán tenue y agudo que se extingue como una llama.

He hecho un pacto tácito conmigo mismo: no cambiar ni una línea de lo que escribo. No me interesa perfeccionar mis pensamientos ni mis acciones. Junto a la perfección de Turgueniev coloco la per-

fección de Dostoyevski. (¿Hay algo más perfecto que *El eterno marido?*) Ahí tenemos, pues, dos tipos de perfección en un mismo medio. Pero en las cartas de Van Gogh hay una perfección que supera a una y a otra. Es el triunfo del individuo sobre el arte.

Ahora sólo hay una cosa que me interesa vitalmente y es consignar todo lo que se omite en los libros. Que yo sepa, nadie está usando los elementos del aire que dan dirección y motivación a nuestras vidas. Sólo los asesinos parecen extraer de la vida una parte satisfactoria de lo que le aportan. La época exige violencia, pero sólo obtenemos explosiones abortivas. Las revoluciones quedan segadas en flor o bien triunfan demasiado aprisa. La pasión se consume a escape. Los hombres recurren a las ideas, *comme d'habitude*. No se propone nada que pueda durar más de veinticuatro horas. Estamos viviendo un millón de vidas en el espacio de una generación. Obtenemos más del estudio de la entomología o de la vida en las profundidades marinas o de la actividad celular...

El teléfono interrumpe esta reflexión, que nunca habría podido llevar a término. Alguien viene a alquilar el piso...

Parece que se va a acabar, mi vida en Villa Borghese. Bien, cogeré estas páginas y me largaré. En

otro sitio ocurrirán cosas también. Siempre ocurren cosas. Parece que dondequiera que voy hay un drama. Las personas son como los piojos: se te meten bajo la piel y se entierran en ella. Te rascas y te rascas hasta hacerte sangre, pero no puedes despiojarte de una vez. Dondequiera que voy las personas están echando a perder sus vidas. Cada cual tiene su tragedia particular. La lleva ya en la sangre: infortunio, hastío, aflicción, suicidio. La atmósfera está saturada de desastres, frustración, futilidad. Rascarse y rascarse... hasta que no quede piel. Sin embargo su efecto en mí es estimulante. En lugar de desanimarme, o deprimirme, disfruto. Pido a gritos cada vez más desastres, calamidades mayores, fracasos más rotundos. Quiero ver el mundo escacharrado, quiero que todo el mundo se rasque hasta morir.

Ahora me veo obligado a vivir con tal vértigo y frenesí, que apenas me queda tiempo para consignar estas notas fragmentarias. Después de la llamada de teléfono, han llegado un caballero y su esposa. He subido a tumbarme arriba durante la transacción. He estado ahí echado preguntándome qué voy a hacer ahora. Desde luego, volver a la cama del marica y pasar la noche dando vueltas y sacudiendo migas con los dedos de los pies, no. ¡Mequetrefe asqueroso! Si hay algo peor que ser marica, es ser tacaño. Un sarasa tímido y tembloroso que vivía con el cons-

tante temor de quedarse sin blanca un día: el 18 de mayo tal vez o el 25 de mayo exactamente. Café sin leche ni azúcar. Pan sin mantequilla. Carne sin salsa o nada de carne. ¡Sin esto y sin lo otro! ¡Rácano asqueroso! Un día abrí el cajón del escritorio y encontré dinero escondido dentro de un calcetín. Más de dos mil francos... y cheques que ni siquiera había cobrado. Aun eso no me habría importado tanto, si no me hubiese encontrado siempre posos de café en la gorra y basura en el suelo, por no citar los tarros de crema para el cutis, ni las toallas grasientas, ni la pila siempre atascada. Os digo que aquel mequetrefe olía mal... salvo cuando se empapaba de colonia. Llevaba las orejas sucias, los ojos sucios, el culo sucio. Tenía articulaciones de goma, era asmático, piojoso, mezquino, enfermizo. Podría haberle perdonado todo, ¡si al menos me hubiera servido un desayuno decente! Pero un hombre que tiene dos mil francos escondidos en un calcetín sucio y se niega a ponerse una camisa limpia o untarse un poco de mantequilla en el pan no es un simple marica ni un simple tacaño siquiera; ¡es un imbécil!

Pero no viene al caso hablar del marica. Aguzo el oído para enterarme de lo que está pasando abajo. Es un tal señor Wren y su esposa, que han venido a ver el piso. Hablan de cogerlo. Gracias a Dios, sólo *hablan*. La señora Wren tiene risa de loca: complicaciones a la vista. Ahora es *el señor Wren* quien habla. Tiene voz de trueno, áspera, estridente, resonante, un

arma pesada y contundente que se abre paso por la carne, el hueso y el cartílago.

Boris me pide que baje para presentarme. Se frota las manos, como un prestamista. Están hablando de un cuento que ha escrito el señor Wren: sobre un caballo con esparaván.

«Pero yo pensaba que el señor Wren era pintor.»

«Claro que lo es», dice Boris, guiñando un ojo, «pero en invierno escribe. Y escribe bien... pero que muy bien».

Intento hacer hablar al señor Wren, que diga algo, cualquier cosa, que hable del caballo con esparaván, si es necesario. Pero el señor Wren casi no puede expresarse. Cuando intenta hablar de esos meses monótonos pasados con la pluma en la mano, se vuelve ininteligible. Pasa meses y meses antes de poner una palabra en el papel. (¡Y sólo hay tres meses de invierno!) ¿En qué piensa todos esos meses y meses de invierno? La verdad es que no me imagino a ese tipo como escritor. Y, sin embargo, la señora Wren dice que, cuando se sienta, las ideas le *salen pero a borbotones*.

La conversación deriva. Es difícil seguir el hilo del señor Wren, porque no dice nada. Como dice la señora Wren, *piensa sobre la marcha*. La señora Wren expresa todo lo relativo al señor Wren con los colores más bellos.

«Piensa sobre la marcha»: encantador, de veras encantador, como diría Borowski, pero muy dolo-

roso en realidad, sobre todo cuando el pensador no es sino un caballo con esparaván.

Boris me da dinero para comprar licor. Al ir por él, ya me siento borracho. Sé cómo voy a empezar, cuando vuelva a la casa. Mientras bajo por la calle, se inicia dentro de mí el grandioso discurso que gorgotea como la risa floja de la señora Wren. Me parece que ya estaba un poco piripi. Al salir de la bodega, oigo el gorgoteo del urinario. Todo está suelto y salpica. Quiero que la señora Wren escuche...

Boris se frota las manos otra vez. El señor Wren sigue tartamudeando y farfullando. Tengo una botella entre las piernas y estoy metiendo el sacacorchos. La señora Wren espera con la boca abierta. El vino me salpica entre las piernas, el sol salpica por el mirador y dentro de las venas siento burbujear y chapotear mil locuras que ahora empiezan a salir de mí como un torrente. Les estoy diciendo todo lo que se me ocurre, todo lo que estaba embotellado dentro de mí y que la risa floja de la señora Wren ha soltado en cierto modo. Con esa botella entre las piernas y el sol salpicando por la ventana, vuelvo a experimentar el esplendor de la época aciaga en que llegué a París por primera vez, cuando vagaba por las calles, perplejo y hambriento, como un espectro en un banquete. Me viene a la memoria todo de una vez: los retretes que no funcionaban; el príncipe que me lustraba los zapatos; el Cinema Splendide, donde dormía sobre el abrigo del patrón; los barrotes de

la ventana; la sensación de asfixia; las enormes cucarachas; las juergas y borracheras en los intervalos; Rose Cannaque y Nápoles agonizando a la luz del sol. Andar danzando por las calles con el estómago vacío y de vez en cuando visitar a gente extraña: Madame Delorme, por ejemplo. Ya no puedo imaginar cómo llegué a casa de Madame Delorme. Pero llegué, logré entrar, pasé ante el mayordomo, ante la doncella con su delantalito blanco, me metí en el palacio con mi pantalón de pana y mi cazadora... y sin un botón en la bragueta. Aun ahora puedo saborear de nuevo el ambiente dorado de aquella habitación en que Madame Delorme estaba sentada en un trono con su traje de hombre, los peces de colores en las peceras, los mapas del mundo antiguo, los libros con encuadernación de lujo; vuelvo a sentir su manaza en mi hombro, que me asustaba un poco con sus marcados ademanes de lesbiana. Era más cómodo abajo, en aquel marmágnum abigarrado que desembocaba en la Gare Saint-Lazare, las putas en los portales, botellas de agua de seltz en todas las mesas; una espesa corriente de semen que inundaba los arroyos de la calle. Entre las cinco y las siete, nada mejor que verse empujado entre aquella multitud, seguir una pierna o un busto hermosos, avanzar con la corriente y todo dándote vueltas en la cabeza. Una extraña satisfacción en aquella época. Ni citas, ni invitaciones a comer, ni programa, ni pasta. La época de oro, cuando no tenía ni un amigo. Todas las maña-

nas, la triste caminata hasta el American Express y la inevitable respuesta del empleado. Correr de acá para allá como una chinche, recoger colillas de vez en cuando, unas veces a hurtadillas, otras con descaro; sentarme en un banco y apretarme las tripas para calmar la comezón o pasear por el Jardin des Tuileries y tener una erección al contemplar las estatuas desnudas. O vagabundear a la orilla del Sena de noche, camina que te camina, enloquecer con su belleza, los árboles inclinados, las imágenes rotas en el agua, el ímpetu de la corriente bajo las luces sanguinolentas de los puentes, las mujeres durmiendo en los portales, sobre periódicos, bajo la lluvia; por todas partes los atrios mohosos de las catedrales, mendigos, piojos y viejas mujerucas presa del baile de San Vito; carretillas apiladas como barriles de vino en las calles laterales, olor a fresas en el mercado y la antigua iglesia rodeada de verduras y lámparas de arco azules, los arroyos de la calle resbaladizos por las basuras y mujeres con escarpines de raso haciendo eses entre la inmundicia y las sabandijas tras toda una noche de parranda. La Place St. Sulpice, tan tranquila y desierta, donde hacia las doce llegaba todas las noches la mujer del paraguas reventado y el velo extravagante; allí dormía todas las noches en un banco bajo su paraguas desgarrado, con las varillas colgando, su vestido que se iba volviendo verde, los dedos huesudos y el olor a podredumbre que exhalaba su cuerpo; y por la mañana me sentaba yo también a descabezar

un sueño tranquilo bajo el sol, maldiciendo las condenadas palomas que recogían migas por doquier. ¡St. Sulpice! Los rechonchos campanarios, los llamativos carteles sobre la puerta, las velas ardiendo dentro. La plaza tan querida de Anatole France, con los monótonos susurros y cuchicheos procedentes del altar, el chapoteo de la fuente, el arrullo de las palomas, las migas que desaparecían como por arte de magia y sólo un sordo gorgoteo en las tripas vacías. Allí me sentaba día tras día pensando en Germaine y en aquella callejuela sucia, cerca de la Bastilla, donde vivía, y aquel continuo runrún detrás del altar, los autobuses que pasaban zumbando, el sol que caía a plomo sobre el asfalto y el asfalto que nos penetraba a mí y a Germaine, sobre el asfalto y todo París en los enormes campanarios rechonchos.

Y por la Rue Bonaparte era por donde tan sólo un año antes bajábamos Mona y yo todas las noches, tras despedirnos de Borowski. Entonces St. Sulpice no significaba gran cosa para mí, ni nada de París. Agotado de hablar. Harto de las caras. Hasta la coronilla de catedrales, plazas, casas de fieras y qué sé yo. Coger un libro en el dormitorio rojo e instalarme en la incómoda silla de mimbre; con el culo cansado de estar sentado todo el día, cansado del papel rojo de la pared, cansado de ver a tanta gente cotorreando sin cesar sobre naderías. El dormitorio rojo y el baúl siempre abierto; los vestidos de ella por ahí tirados en un desorden delirante. El dormitorio rojo

con mis chanclos y bastones, las libretas que nunca toqué, los manuscritos que yacían fríos y muertos. ¡París! Es decir, el Café Select, el Dôme, el Rastro, el American Express. ¡París! Es decir, los *gouaches* de Borowski, el pez prehistórico de Borowski... y sus chistes prehistóricos. En aquel París del año 28, sólo una noche resalta en mi memoria: la víspera de nuestra partida para América. Una noche extraña: Borowski un poco chispa y algo disgustado conmigo porque bailaba con todas las furcias del sitio. Pero, ¡nos vamos por la mañana! Es lo que digo a todas las tías que engancho: *¡nos vamos por la mañana!* Lo que estoy diciendo a la rubia de ojos de color ágata. Y, mientras se lo estoy diciendo, me coge la mano y se la mete entre las piernas. En el retrete, me quedo ante la taza con una erección tremenda; parece ligera y pesada a un tiempo, como un trozo de plomo con alas. Y, estando así, entran muy rumbosas dos chatis: americanas. Las saludo cordial, con la picha en la mano. Me guiñan un ojo y pasan de largo. En el vestíbulo, mientras me abrocho la bragueta, veo a una de ellas esperando a que su amiga salga del retrete. Sigue sonando la música y quizá venga Mona a buscarme, o Borowski con su bastón de puño de oro, pero ya estoy en sus brazos, me ha enganchado y no me importa quién venga ni lo que ocurra. Nos metemos en el retrete culebreando y la sujeto de pie contra la pared e intento metérsela, pero no hay manera, conque nos sentamos en la taza y probamos así,

pero nada. Probemos como probemos, no sale. Y todo el tiempo me tiene cogida la picha como si fuera un salvavidas, pero es inútil, estamos demasiado calientes, demasiado ansiosos. La música sigue sonando, conque salimos al vestíbulo de nuevo y, bailando ahí, en el tigre, me corro encima de su precioso vestido y se pone hecha una fiera. Vuelvo tambaleándome a la mesa y ahí están Borowski, colorado como un tomate, y Mona con cara de disgusto. Y Borowski dice: «Vámonos todos a Bruselas mañana», y aceptamos y, cuando regresamos al hotel, vomito por todo el cuarto, en la cama, el lavabo, los trajes, los vestidos, los chanclos, los bastones, las libretas que nunca toqué y los manuscritos fríos y muertos.

Unos meses después. El mismo hotel, la misma habitación. Nos asomamos al patio, donde están aparcadas las bicicletas, y ahí arriba, bajo el ático, está el cuartito en que un joven listillo tenía puesto el fonógrafo todo el día y repetía pijaditas a pleno pulmón. Hablo en plural, pero me estoy anticipando, porque Mona ha estado mucho tiempo fuera y hoy voy a ir a esperarla a la Gare St. Lazare. Al anoecer, me encuentro allí con la cara entre los barrotes, pero Mona no aparece; leo una y mil veces el telegrama, pero no sirve de nada. Vuelvo al *Quartier* y me doy una comilona como si tal cosa. Un poco después, al pasar por el Dôme, veo de repente una cara pálida y triste y unos ojos ardientes... y el trajecito de terciopelo que siempre he adorado, porque bajo el

suave terciopelo siempre estaban sus cálidos senos, las piernas de mármol, frescas, firmes, musculosas. Se levanta de entre un mar de caras y me abraza, me abraza apasionada: mil ojos, narices, dedos, piernas, botellas, ventanas, monederos, platos nos miran airados y nosotros abrazados y olvidados del mundo. Me siento a su lado y ella habla: un diluvio de palabras. Notas frenéticas y febriles de histeria, perversión, lepra. No escucho ni una palabra, porque es hermosa y la amo y ahora me siento feliz y dispuesto a morir.

Bajamos por la Rue du Château, buscando a Eugène. Pasamos por el puente del ferrocarril, donde me quedaba a ver los trenes salir y me sentía deshecho por dentro, mientras me preguntaba dónde demonios podía estar ella. Todo suave y encantador, cuando cruzamos el puente. Humo que nos sube por las piernas, raíles que chirrían, semáforos en nuestra sangre. Siento su cuerpo junto al mío –mío y sólo mío ahora– y me detengo a pasar las manos por el cálido terciopelo. Todo lo que nos rodea está desmoronándose, desmoronándose, y el cuerpo cálido bajo el cálido terciopelo se muere por mí...

De nuevo en la misma habitación y nos sobran cincuenta francos, gracias a Eugène. Me asomo al patio, pero el fonógrafo calla. El baúl está abierto y sus cosas tiradas por ahí, justo como antes. Está echada en la cama con la ropa puesta. Una, dos, tres, cuatro veces... temo que se vuelva loca... En la cama,

bajo las sábanas, ¡qué placer sentir su cuerpo de nuevo! Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Durará esta vez? Ya tengo el presentimiento de que no.

Me habla tan febril... como si no fuese a haber mañana. «¡Calla, Mona! Sólo mírame... *¡no hables!*» Por fin, se queda dormida y retiro el brazo de debajo de ella. Se me cierran los ojos. Su cuerpo está ahí, a mi lado... va a estar ahí hasta mañana, seguro... Fue en febrero cuando zarpé, con una ventisca cegadora. El último vislumbre que tuve de ella fue en la ventana diciéndome adiós con la mano. Un hombre parado al otro lado de la calle, en la esquina, con el sombrero calado sobre los ojos y las mejillas hundidas en las solapas. Un feto mirándome. Un feto con un puro en la boca. Mona en la ventana diciéndome adiós. Rostro blanco y triste, pelo ondeando desordenado. Y ahora un cuarto triste, su respiración acompasada por la boca, savia que le rezuma todavía entre las piernas, un olor cálido y felino y su pelo en mi boca. Tengo los ojos cerrados. Respiramos nuestro cálido aliento uno en la boca del otro. Muy juntos y América a cinco mil kilómetros de distancia: no quiero volver a verla nunca. Tenerla aquí en la cama conmigo, con su aliento en mi piel, su cabello en mi boca: me parece como un milagro. Ahora nada puede ocurrir hasta mañana...

Despierto de un sueño profundo para mirarla. Una pálida luz se filtra en la habitación. Contemplo

su bella melena en desorden. Siento que algo me baja corriendo por el cuello. Vuelvo a mirarla de cerca. Tiene el pelo lleno. Levanto la sábana: hay más. Un enjambre en la almohada.

Es un poco después del amanecer. Hacemos las maletas a toda prisa y salimos a hurtadillas del hotel. Los cafés están todavía cerrados. Vamos caminando y rascándonos a un tiempo. Nace el día con blanca lechosa, vetas de cielo rosa salmón, caracoles que abandonan sus conchas. París. París. Todo puede suceder aquí. Viejos muros decrepitos y el agradable sonido del agua que corre en los urinarios. Hombres que se lamen los bigotes en el bar. Persianas que se alzan con estrépito e hilillos de agua que susurran en los arroyos de la calle. *Amer Picon* en enormes letreros escarlatas. *Zigzag*. ¿Qué camino seguir y por qué o dónde o qué?

Mona tiene hambre, lleva un vestido fino. Sólo chales, frascos de perfume, pendientes extravagantes, brazaletes, depilatorios. Nos sentamos en una sala de billar de la Avenue de Maine y pedimos café caliente. El retrete no funciona. Vamos a tener que esperar un rato sentados antes de poder ir a otro hotel. Mientras tanto, nos quitamos mutuamente las chinches de la cabeza. Nerviosos. Mona está perdiendo los estribos. Necesita un baño. Necesita esto. Necesita lo otro. Necesita, necesita, necesita...

«¿Cuánto dinero te queda?»

¡Dinero! Lo había olvidado por completo.

Hôtel des États-Unis. Un *ascenseur*. Nos metemos en la cama en pleno día. Cuando nos levantamos, es de noche y lo primero que hay que hacer es conseguir pasta suficiente para enviar un telegrama a América. Un telegrama al feto, el que llevaba el largo y sabroso puro en la boca. Mientras tanto, nos queda el recurso de la española del Boulevard Raspail: siempre tiene a punto una comida caliente. De aquí a mañana, algo sucederá. Al menos vamos a acostarnos juntos. Ahora ya no hay chinches. Ha empezado la estación de las lluvias. Las sábanas están immaculadas...